

SERMON

DE SOLEDAD PARA EL VIÉRNES SANTO

Tantum in me vertit, et convertit ma-
num suam tota die.
" Volví y recréame sobre mi su mano
todo el día."

Libro de las Lamentaciones de
Jeremías. Cap. III, v. 3.

¡Hubo jamas criatura tan desconsolada como la Soberana Virgen María al pié de la Cruz, y despues de sepultado el Santísimo Cadáver de su muy amado Hijo Jesucristo! ¡Ah! Yo me he valido hoy del indicado texto de los Sagrados Trenos de Jeremías, que se refiere en un primer sentido obvio y literal á la ruina de Jerusalem, y á la cautividad de los judíos en Babilonia por los Caldeos: que en otro sentido secundario, es como el ligero bosquejo de la ceguera, infidelidad y furor de la Sinagoga contra su Salvador, y de la maldicion divina que cayó sobre este ingrato pueblo por el horroroso crimen del Calvario. Así parece que nos lo advierte la misma Iglesia en el uso que hace de tan tiernos lamentos en el oficio del triduo de la Semana Santa. Y como el castigo ha

sucedido al crimen, designa tambien á Jesucristo en un sentido espiritual, profético y misterioso, oculto bajo el velo de la letra, y es como el exordio de sus humillaciones que se describen en adelante. ¡Oh! Allí se le representa colmado de afecciones, herido por la vara de la indignacion del Señor, y quebrantados sus huesos, lleno de amargura y embriagado con ajeno, desechados sus ruegos sin embargo de que está prosternado con la boca en el polvo. Apresado como el ave por el cazador, y burlado de su pueblo, puesto en un lugar tenebroso que se cubre con una losa, y encerrado allí como los que han muerto para siempre. No menos convienen á la afligida Madre las mismas sentidas palabras que justamente le ha aplicado la Santa Iglesia. Sí, la mano invisible del Altísimo empuñó, para explicarme de esta suerte, la espada del dolor contra ella, traspasando su bendita alma en todo el tiempo de la pasion de su Hijo, y despues de la muerte del Salvador, la revolvió tan solamente sobre su Sagrado Corazon, atravesado ya de parte á parte, para hacerle muy rigurosa su absoluta desolacion: *Tantum in me vertit, et convertit manum suam tota die.*

No he venido á hablaros de propósito en esta noche, sobre las angustias indecibles que sufría esta digna Madre, al propio tiempo que el Hijo padecía en la Cruz. Voy á representárosla como lo exige el paso, es decir, despues de haber entregado nuestro Salvador su espíritu en las manos de su Eterno Padre: quiero que la miréis en los momentos mismos en que se le renovaba el dolor, y crecía el temor y temblor, como dice San Buenaventura: en que deshecha en

lágrimas, postrada en tierra, con las manos cruzadas ante el pecho y con profunda humildad, rogaba á una multitud de hombres armados, que venian contra Jesus, para que dejasen su Cadáver conforme estaba: en que al golpe de la lanza abrió un soldado el costado de su Hijo difunto, le dividió el corazon, y á ella le dilató mas, y le lastimó á lo sumo la grave herida de su alma, la última y mas dolorosa espada del pesar: pretendo que la consideréis con San Lorenzo Justiniano, con el Sacratísimo Cuerpo de Jesus en los brazos, transformada en un espejo clarísimo de toda su pasion, y en una viva imagen de su muerte: deseo que la sigais hasta el sepulcro, donde se despidió de su amado; deja depositado en esta Arca Santa el infinito tesoro del Dios de bondad, y con él su corazon: os excito á que admiréis que de vuelta de allí, cubierta por sus hermanas con un manto lúgubre, como siente el citado Padre San Buenaventura, pasa por delante de la Cruz, que bañada aún en la Sangre de su Jesus, es la primera que la abraza, la besa y la adora: que caminando despues por las calles de Jerusalem con su piadosa comitiva, llega á la casa de San Juan, que comunmente se cree, que era la de San Pedro, y que abandonada en ella al mas amargo llanto, entra en una horrorosa soledad.

Ni la primera Eva, quando tuvo conocimiento de la infausta muerte con que desapareció de la tierra su inocente hijo Abel, ni la desgraciada Agar, que no quiere ver morir de sed en las arenas del desierto á su hijo Ismael; ni Abraham que consideraba inmolado á su hijo Isaac, ni éste consternado por la irremediable muerte de Sara, su querida madre, ni Jacob

teniendo ante sus ojos la túnica ensangrentada de su hijo José, ni el paciente Job puesto á las puertas de la muerte, ni Noemí llena de amargura, ni David fugitivo, ni Jeremías perseguido, ni otros mil que han sabido sentir en las adversidades, pueden compararse, sino solamente servir de sombra á la tristeza inaudita de la segunda Eva, por la muerte Sangrienta de su Divino Hijo Jesus. ¡Oh! Transida de pena y sentimiento la amantísima Madre del Redentor, no halla alivio alguno en las congojas de su soledad, ya sea en el cielo ó en la tierra. De este principio, pues, partirá, y á este fin se ordenará todo mi humilde discurso. Bajo el amparo de esta Augusta Reina de los Mártires, que mereció en medio de su imponderable afliccion, hacerse nuestra Medianera para con Jesucristo, invoco en union de todos sus devotos el socorro del Espíritu Santo, para proseguir su elogio. Ave María.

"Valió y revolvió sobre mi su mano
todo el día."

LIBRO de las Lamentaciones de
Jeremias. Cap. y vers. citados.

Todos los que tienen experiencia de haber perdido á sus padres, ó á sus hijos, ó á sus esposos, ó á sus amigos, pueden formarse alguna idea mas exacta del sentimiento, de la pena y de la desolacion. ¡Oh! las prendas del difunto, sus conversaciones, sus modales y todos los objetos que rodean al doliente, acrecentan su desasosiego y disgusto. Si tales, pues, son los efectos que produce el amor natural, ¡cuáles y cuántos no serian los del amor de María para con Jesus, que

era no solamente su Hijo natural, sino su Dios y su Salvador? Por eso no halla consuelo alguno ó en el cielo, ó en la tierra, ó de parte de los hombres, ó de parte de los Angeles, ó de parte del mismo Dios: *Non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus*. San Bernardo la hace hablar así: "¡Oh verdadero Hijo de Dios! tú eras mi Padre, tú mi Hijo, tú mi Esposo, tú eras mi alma. Ahora he quedado huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, Madre sin Hijo; pues perdiendo á mi Hijo todo lo pierdo de un golpe." Y en realidad de verdad, que separada María en su amarga soledad de su Santísimo Hijo, se ve en el desamparo de su Padre, de su Hijo y de su Esposo, no solamente por lo que respecta á él mismo, sino tambien en cuanto á los lazos de la tierra, y en cierto modo en cuanto á las tres Personas adorables de Dios. Voy, pues, á proponeros estos tres breves puntos. Primero: María en su desolacion padece como hija sin padre: Segundo: Como viuda sin Esposo: Tercero: Como madre sin hijo. Tales causas expresan en comun todo su dolor, y serán el objeto de vuestra piadosa atencion.

PRIMERA PARTE

Cuando el Profeta Jeremías anunció á los hijos de Judá las venganzas del Señor, que caerian sobre ellos hasta ser lanzados á un pais extranjero, añadia: "No se dará alimento al que llora por un muerto para consolarle; ni se le ofrecerá vino para darle consuelo en la muerte de su padre y de su madre." Este mismo

oráculo demuestra, que si era grande castigo de Dios carecer de tales socorros, no menos es harto sensible por sí misma la muerte de los padres. Los hebreos, en el fallecimiento de sus parientes próximos, manifestaban su dolor con gritos y lamentaciones, con golpes de pecho y con lágrimas abundantes: se rasgaban los vestidos, se sentaban sobre la ceniza, se cubrían la cabeza de polvo y hacían otras varias señales de tristeza. Supuestos estos principios, entremos ahora á considerar la espantosa soledad de la Virgen Soberana como hija huérfana de padre.

Se cree, no sin grave fundamento, que esta Hija predilecta del Altísimo perdió á la edad de tres años y medio á su padre natural el Patriarca Señor San Joaquín, y á los doce á su querida madre natural Señora Santa Ana. Como el amor de los hijos á los padres es deuda justa de la misma naturaleza, siendo perfecto en toda su extension en la Santísima Virgen, y teniendo esta Divina Señora expedito el uso de sus conocimientos desde el acto de su Inmaculada Concepcion; no podia excusar el dolor natural de carecer de sus santos progenitores. Dios tampoco la impidió la gran ternura y amor con que sintió la falta de ellos; su pena debió precisamente acrecentarse despues del tránsito de su feliz madre, y agravársele su propia soledad sin tal amparo. Sin embargo, como sus dolorosos movimientos eran santos y perfectísimos, estaban tambien gobernados y regulados por la gracia: su tristeza fué compatible con la serenidad de su magnánimo corazon, su desamparo con la grandeza de su espíritu y el fervor de sus oraciones. Siempre el Dios de bondad, para hacer hermosa y agradable la vida de

sus escogidos, ya los consuela y vivifica con favores, ya los prueba y aflige con adversidades. De aquí es que por una providencia oculta que dispensa el beneficio de los trabajos, se aumentaba la gracia, el mérito y la corona desde sus mas tiernos años, de la que habia sido escogida para Madre del Unigénito del Padre: convenia que, aun siendo Niña, se ejercitase en el camino de la Cruz con la paciencia y la humildad en las penalidades, para que llegase despues al cúmulo de perfeccion. Por eso la aleccionó el Señor con la pérdida de sus amados padres, con las sugestiones del demonio, con la envidia de muchas vírgenes y á veces con la ausencia del Sumo Bien. ¡Oh! su divino y adorado Dueño se dejaba poseer de ella, aunque no siempre gozar: se le ocultaba y parecia que la abandonaba, pero era para enardecer mas y mas su amor. No hallaba la candidísima paloma donde su corazon pudiese sosegar y descansar.

Si pues el sensibilísimo corazon de la Bienaventurada Virgen María padeció, cuanto no es posible entender, en todos los amargos pasos de su tierna edad y de su juventud, á lo menos tales tormentos se le dulcificaron con los santos Desposorios, con la amable compañía y con la proteccion de su castísimo esposo el Señor San José. Y desde la Encarnacion del Verbo hasta que entregó el Dios Humanado el inestimable tesoro de su Alma en las manos de Dios su Padre, aunque por entre un tejido admirable de gozos y dolores no carecia de la presencia de su Dios, de su Salvador, de su Hijo, de su único y perfectísimo bien. Pero despues que esta prenda infinita de sus tiernos y encendidos amores murió en el afrentoso suplicio de la

Cruz, queda sola, enteramente sola: todos los trabajos pasados se le agolpan y la acometen con mas fuerza que antes, perseverando é inflamando unidos en la última espada del dolor, la herida mortal y profunda de su alma. Cuántas veces repetiría lo que pronunció su Unigénito pendiente del madero: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado!" Con todo eso, el Eterno Padre, que la adoptó por Hija, no escucha su voz, no atiende á sus quejas: no obstante haber apurado hasta las heces el amargo cáliz de la tribulacion, aparta de ella su rostro; descarga los últimos terribles golpes de su justicia vengadora, ya no mas que sobre la Madre del que murió víctima por el pecado. No hay, pues, dolor como su dolor, no hay abandono mas inconsolable que el suyo. Bien puede aplicársele lo que decia llorando Jeremías sobre Jerusalem: "¿Cómo cubrió el Señor de densa obscuridad en su furor á la hija de Sion! ¿Cómo arrojó del cielo á la tierra á la inelita de Israel! ¿Cómo no se ha acordado en el dia de su furor de la peana de sus piés!" Mas dejando de considerarla cual Hija desconsolada sin padre, pasemos á contemplarla como viuda, ó cual esposa sin esposo.

SEGUNDA PARTE

Entre los diversos motivos de gloria con que colmaria el Señor á Jerusalem reedificada, pronunciaba y enumeraba el Profeta Isafas la alegría que hallaría el esposo en su esposa. ¡Oh! esta alegría se sostiene y está animada de aquel amor recíproco con que dos

personas unidas en matrimonio ya no hacen mas que una sola, y son una sola carne. No hablo de aquellos enlaces monstruosos en que los corazones de dos consortes son ya entre sí contrarios en todos sus movimientos y en todas sus inclinaciones: hablo, sí, de aquel estado conyugal en que se toleran con paciencia las penas y se cumplen con fidelidad las obligaciones. Si tal, pues, es el gozo de los esposos en una vida comun, virtuosa é íntima, ¿cuál no será la tristeza por la pérdida de uno de ellos! ¡Ah! las palomas mismas, aunque animales irracionales, nos admiran de que muerta una de ellas, vive desasosegada su compañera por su falta, gime, se enflaquece y aun pierde la vida. Aquella mujer tecuita que fingió con sagacidad ante el Rey David, esto es, vestida con un vestido lígubre y sin perfumes, como que lloraba mucho tiempo hacia por un difunto, postrada en tierra con profunda reverencia, le dijo así: "¿Ay de mí! yo soy una mujer viuda, pues mi marido es muerto." Y aunque fué esta una estratagemá de Joab para volver á Absalon á la gracia y á la presencia de su padre, indica por otra parte el gran dolor que padece y la compasión á que mueve una viuda.

Mas no se fundó el matrimonio de la Santísima Virgen con el Gloriosísimo Patriarca San José en los lazos de la carne, sino en los del espíritu; no en los cuerpos, sino en las almas; no en la naturaleza, sino en la gracia. Tan casta union bien ha merecido ser celebrada en el epitalamio de Salomon, porque tambien se deben reconocer en sus divinos Cánticos por aquellos felicísimos esposos al Señor San José y á la Santa Virgen María. ¿Qué tesoro de verdaderas riquezas

espirituales fué este casamiento todo inmaculado, todo místico, todo divino! En mas de treinta y un años que vivieron en él, ¡qué transportes de amor de Dios no sintieron, qué sagrados coloquios no los ocuparon, qué actos de virtudes no ejercitaron! Su paciencia y resignacion en los trabajos fué á toda prueba, su dulzura inalterable, sus oficios laboriosos, mutuos y continuados. Precisamente, pues, debió tener mayor cabida el dolor en el corazon de María, por el tránsito ó por la ausencia total de su fidelísimo esposo, que el que atormenta á todas las demas mujeres muertos sus maridos: no porque se entregase como ellas á un llanto imprudente, sino porque hizo el duelo mejor que Abraham por Sara, mejor que Ezequiel, que suspiró en secreto por la falta de su amada mujer. Todos sus conatos y abrasados afectos se redujeron antes de la muerte de aquel justo, á suplicar á Jesus que por su brazo poderoso fuese glorificado su digno custodio y padre legal; y despues de que espiró, excitó en sí y aumentó con nuevos quilates su indecible fé, su piedad, su esperanza y su amor por los bienes eternos.

Habiendo, pues, fallecido el Santísimo Patriarca antes de la muerte y aun de la predicacion del Salvador, como se cree comunmente, María se gozaba con la doctrina, con los milagros, con el ejemplo, y nada mas que con la única prenda de su dulce y amable Jesus. ¡Qué podria faltarle siendo su compañera inseparable?... Pero ya que el Autor de la vida habia pisado los tenebrosos umbrales de la muerte, y que se veia separada de los restos incorruptibles de su Santa Humanidad por el grande impedimento de una pesada lápida, sus dolores no admiten el menor alivio.

Ahora sí que se le representa al vivo y siente con mayor fuerza la pérdida de su virginal Esposo el Patriarca San José, y lo que es mas, el olvido en que la ha dejado su dilectísimo Esposo el Espíritu Santo. ¡Ah! el Espíritu Consolador por cuya virtud concibió y parió sin lesion de su virginidad, y que la ha dispensado tantas gracias y celestiales carismas, cuantas caben en una pura criatura la mas perfecta; ya no escucha sus ruegos, ya no oye sus casi imperceptibles quejas: deshecha en amargo llanto, puede decirle de un modo semejante lo que Sefora á Moisés cuando le tocó los piés con la sangre de su hijo circuncidado: "Tú eres para mí un esposo de sangre." Y en efecto, si esta amante esposa calmó el enojo de Dios contra su esposo el Legislador de Israel, y lo libertó de la muerte por haber circuncidado prontamente con una piedra muy aguda á su hijo; el Espíritu de amor, no precisamente en la Circuncision de Jesus, sino mas bien cuando desamparó á María, sin embargo de estar ya satisfecha la justicia divina, le ha costado mucha sangre, en la misma que hubo derramado su Unigénito en la Cruz: *Sponsus sanguinum tu mihi es*. No me resta mas para concluir este diseño de la soledad de la Santa Virgen María, que pintároslo, aunque con mi tosco pincel y con mis mal tirados trazos, como Madre digna de compasion sin Hijo.

TERCERA PARTE

— . . . —

Cuán grande sea el dolor que oprime á una madre por la pérdida de su hijo único, lo significó David, cuando habiendo rasgado sus vestiduras, y con los ojos arrasados en lágrimas, pronunció esta lúgubre lamentacion sobre la muerte de Jonatás: "Duéleme sobre tí, ¡oh hermano mio Jonatás! hermosísimo jóven y amable sobre el amor de las mujeres. Cual una madre, ama á su hijo único, así te amaba yo." Razon tenia la madre del inocente y piadoso Tobías de llorar su ausencia, en el supuesto de considerarse sin esperanzas de volver á verle. El bien perdido y el mal presente, son en realidad causas de la tristeza, y á veces basta la sola aprehension de cualquiera de estas dos cosas, y aun la de lo futuro, para atribular al paciente. Pero no movia á sentir á la Santa Madre de Dios, la idea ó la imaginacion sin la verdad, sino la certeza sin la apariencia. La hermosa Raquel que derramaba lágrimas sin consuelo por la muerte de sus hijos, que fueron despojos de la crueldad de Herodes, solamente ha sido celebrada como una imagen suya. La madre de aquellos siete Mártires Macabeos, que aliando un ánimo varonil con la ternura de mujer, los exhortó á la muerte y los vió espirar: que á lo último fué tambien ella misma sacrificada en defensa de la Santa Ley del Señor, cual una sola víctima, que valía por sí y por sus hijos, fué nada menos,

y no mas que un símbolo de la transfixion y de la soledad de esta afligida Madre.

Como el dolor se proporciona al amor, y le es consiguiente, María, que miraba á Jesus como el fruto de su vientre y el mas hermoso entre los hijos de los hombres, experimentó tanto pesar con su muerte, cuanto era su amor natural superior al de todas las demas madres: era tambien su Hijo Jesus Dios y Hombre, y á la manera que le tenia en cuanto á Dios un amor incomparablemente mayor que el de los mas abrasados Serafines, asimismo la hizo entrar en un abismo de horrosas aflicciones su inevitable separacion, y creció casi á lo infinito su tormento. No se hallará alguna pura criatura desde lo alto de los cielos hasta los últimos términos de la tierra, que pueda ponderar dignamente su incomprendible martirio. Sin embargo, para cumplir con el deber, me daré por satisfecho en avivar mis débiles esfuerzos, á fin de representároslo.

Todavía mientras vivió Jesucristo aquellas tres últimas horas, luchando con los tormentos en la Cruz, le restaba á María algun consuelo: siquiera le oia pronunciar una por una las siete divinas sentencias de su agonía y de su despedida, que son un Evangelio compendiado de la fe y de la moral cristiana, y toda la esencia de su sagrada doctrina; el Testamento eterno que selló con su Sangre, y cuyas mandas nos legó con su muerte: á lo menos se esparcia sobre su alma un pequeño aliento, cuando fijando en ella sus ojos encajados y moribundos, le encomendaba á San Juan por hijo, y á ella misma á éste por madre. Mas al punto en que su limpísimo Espíritu se separó de su

Sacrosanto Cuerpo, tambien le fué subtraído á la tierna Madre, y hubiera muerto forzosamente en el acto si la virtud divina no la confortara. Aun pudo mitigarse algun tanto el dolor vehemente de su ánimo, cuando fué bajado del madero el Santísimo Cadáver de su Hijo y puesto en sus brazos. ¡Oh! Lo estrecha sobre su corazon, lo riega con sus ardientes lágrimas, lo besa y lo adora. ¡Quién de los que estaban presentes no lloraria al ver estas dos blanquísimas palomas, la una yerta sostenida por la otra agonizante! ¡Ah! Ello es que esto mismo la servia de un corto alivio, porque la Carne inmóvil de nuestro Salvador inspiraba respeto y veneracion á todos los circunstantes; así como salia de ella, cuando estaba viva, una virtud que sanaba á todos; no porque se percibia muerta y despedazada, dejaba de estar unida á la Divinidad. De consiguiente, era para María una grande felicidad tenerla consigo. Pero al fin se la arrebatan de sus manos con una violencia reverente, se ordena en triste aparato de su entierro hácia el huerto inmediato una devota procesion de toda aquella piadosa concurrencia, compuesta de María, de San Juan, de los Varones, de Magdalena, de María Cleofas, María Salomé y otros muchos, y la depositan en el sepulcro.

Desde aquí pretendo que la miréis con mayor atencion, desamparada en el campo, desamparada en Jerusalem, y desamparada en extremo en la pobre estancia en que se alojaba. ¡Oh! habiendo llegado á ella, á todas partes vuelve los ojos y ya no halla el objeto de su amor: lejos de encontrarle, solamente se le presentan al vivo todas las memorias de su gra-

ciosa vida, y mas que todo, las de su cruel muerte. Allí se le representa recién nacido en Belen, envuelto en humildes pañales y todo temblando de frío; allí le saltan las especies del acto de la Circuncision, en que derramó las primicias de su Sangre, del cuchillo prevenido contra ella segun se lo profetizó el anciano Simeon, y de la inhumanidad de Herodes: allí se le recuerdan los trabajos que sufrió en la fuga y vuelta de Egipto, en su permanencia en esta ciudad y despues en la de Nazareth: sus desvelos y ansias cuando lo perdió por tres dias, hasta que lo halló en el Templo. Ya le parece que ve á su Dilectísimo Hijo, regando con su Sangre la tierra en la agonía del huerto: no quisiera persuadirse que aquel monstruo detestable, aquel alevoso discípulo, entrega con la señal de un ósculo de falsa paz, á su mismo Maestro. Ya lo considera encarcelado, presentado ante los inicuos jueces y pospuesto á Barrabás; azotado, coronado de espinas, escupido y condenado á muerte: ya se figura que le sale al encuentro cuando era llevado al sacrificio por las calles de Jerusalem con la Cruz á cuestras: ya le contempla crucificado, abandonado de su Eterno Padre y de sus Apóstoles: harto á blasfemias, maldiciones y oprobios: refrigerado en su ardiente sed con hiel y vinagre, entre los confines de la vida y de la muerte, y al fin muerto; y despues de muerto atravesado su Sagrado Corazon al golpe de una lanza, y sepultado en un lugar distante. ¡Oh qué dolores! ¡Oh qué soledades! Pero lo que mas afligia á su inocentísimo espíritu, era la condenacion de aquellos que no se habian de aprovechar de la Sangre del Salvador. Angeles, Arcángeles, ínclito Ga-

briel que la llamais María, llamadla ahora amarga; porque es en efecto un mar de lágrimas, un mar de hieles y amarguras, un mar de sangre. Bien es que los amorosos deliquios y las vivísimas angustias de tan penada Madre en este tierno paso, mejor se deben admirar con un profundo silencio y veneracion, que expresarse con lánguidas palabras, y menos con las mias.

Si David, pues, para anunciar el justo castigo de un judío prisionero en la cautividad de Babilonia, ó para representar á una alma fiel que suspira por la bienaventuranza eterna, asegura que sus lágrimas han sido su pan ó su alimento ordinario dia y noche; mucho mas convendrá aplicar las mismas palabras á la Dolorosísima ó inculpable Madre de Jesus. Si ha existido alguna vez una hija, á quien la pesadumbre de la muerte de sus padres naturales, le haya hecho una debida y moderada impresion, y que haya sufrido con mayor paciencia y sin perder la gracia, el abandono en que la puso para prueba de su amor el Eterno Padre, esta es María. Si se ha visto una mujer fuerte que haya recibido el azote de la falta de su esposo dado en matrimonio, con humildad y entera obediencia á la voluntad de Dios, y que de las sequedades ó arideces en que la ha dejado su excelente Esposo el Espíritu Santo, haya recogido un fruto abundantísimo, esta es María. Si se ha singularizado una madre, que ame mas á su hijo natural y sobrenaturalmente, y que sienta cuanto le es posible sus trabajos, sus padecimientos y su muerte, para su mayor mérito y ejemplo nuestro, esta es María. Luego María es aquella perfectísima criatura sobre quien

el Altísimo Dios “volvió y revolvió su mano todo el dia” de su ira y de su furor: *Tantum in me vertit, et convertit manum suam tota die.*

Pero aunque María, como hemos visto, padeció en su amarguísima soledad, privada de padre, de esposo y de hijo, reina al presente en los cielos como Madre de Jesus y juntamente como Madre nuestra. En virtud de tan gloriosos títulos, es nuestra Abogada, y por su intercesion podemos conseguir, “que siendo hijos del Eterno Padre, por la creacion,” segun la frase de Moisés; lo seamos tambien “como coherederos con Jesucristo, en expresion del Apóstol:” que hallándose impresa en nuestra voluntad la imagen del Espíritu Santo, en cuanto á una inclinacion natural, á amar á Dios, sean tambien nuestras almas sus esposas agradables por la gracia; ó valiéndome de las palabras del referido Apóstol San Pablo, “como vírgenes puras y dignas del tierno, casto y divino amor de Jesucristo, esto es, de su Paráclito:” “que habiendo sido criados por el Verbo de Dios, al decir de San Juan:” Seamos tambien como madres y hermanos del mismo Jesucristo, concibiendo verdaderos y saludables pensamientos, y ejecutando la divina palabra. No es mia esta idea, sino del mismo Señor nuestro Salvador: “Mi madre y mis hermanos, dice, son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ejecutan.” Ahora bien, nuestros pecados fueron la causa de la passion y muerte de Jesus, y de los dolores y penas de María. Ciertos estamos, de que si esta Madre de piedad y misericordia ruega por nosotros, no será desatendida: supliquémosle rendidamente que lo haga así. Mas si en lugar de admitir el pecador los llama-

mientos del cielo, los resiste, gemirá en las soledades sempiternas del abismo, en que las tinieblas, el horror, el espanto y el dolor, vengarán los agravios hechos á la Majestad Divina. No permita Dios que al fin nos sobrevenga tal desgracia: sosténganos nuestra clemente Protectora con su poderoso valimiento para alcanzar una buena muerte. Detestemos de corazón nuestras culpas, lavémonos con la Sangre Preciosa del Cordero sacrificado, y digámosle desde este instante compungidos y resueltos á imitarle: SEÑOR MIO JESUCRISTO, &c.

SERMON

SOBRE

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO

Surrexit,
"Resurrexit."

S. MARCOS, CAP. XVI, v. G.

Al despuntar la hermosa y apacible aurora del tercero dia despues del Sacrificio Sangriento de la Cruz, se sintió un grande terremoto. Un Ángel bajó del cielo en figura de un jóven, removi6 la enorme piedra del sepulcro y se sent6 sobre ella. Tenia el aspecto brillante como un relámpago, y sus vestidos blancos como la nieve. Sobrecogidos de pavor los soldados de guardia, habian quedado como muertos; y no pudiendo resistir las miradas amenazadoras de tan terrible custodio, huyeron precipitadamente. No tardaron mucho en llegar allí María Magdalena, que era cabeza de la primera cuadrilla de santas mujeres, María Cleofas y María Salomé; pero viendo volteada la lápida del sepulcro, sola Magdalena entr6 en él y ya no encontró el Cuerpo de su Divino Maestro. Se volvieron, pues, para Jerusalem, Magdalena para comunicarlo á los Ap6stoles San Pedro y San Juan,